

## LIBERACION

Ámbar estaba paralizada; escuchaba todas las humillaciones, sentía todas las vejaciones y lloraba en silencio hasta los más agudos dolores del cuerpo. Padecía hasta lo insoportable ante tal índice de maldad que no le permitía moverse ni pedir ayuda.

Nardo Repetto había sido desde siempre su gran amor, tanto que cuando la invitó a salir ella creyó tocar el cielo con las manos.

Jamás sospechó que esa noche quedaría a merced de su sadismo. En la crueldad de cada penetración y golpe brutales, Ámbar comprendió que él había drogado su bebida e intoxicado su voluntad.

Al terminar los ultrajes a su gusto, Nardo tiró sobre su cuerpo agraviado cien pesos para que tomase un remise y no le ensuciase su auto nuevo. Ese fue el precio que le puso al miedo.

Ella llegó a su casa pagando con ese dinero obsecuente de lo atroz y el corazón violado. Decidió callar su vergüenza, forzar con prepotencia al olvido y continuar su vida con dura obstinación. Aunque en los lugares más íntimos de su alma sabía que lo volvería a ver.

Siguieron años de una casi eficiente negación que la llevaron a mudar la angustia y recibirse de instrumentadora con gran trabajo porque a veces –a pesar del esfuerzo- recuerdos corrosivos le barrían la inteligencia.

El día del último examen pudo, por primera vez en tanto tiempo, saborear el gusto de la satisfacción. Como cualquier egresado quiso festejar su título en un pub, con aquella gente querida que la apoyó sin saber la razón del dolor que estaba impreso en su cara. Al entrar al barcito lo vio sentado junto a su compañero de clase (de quien casualmente era amigo) y revivió cada instante desesperado.

Quiso gritar su silencio pero éste otra vez ganó. El peso del secreto la desmoronó, en tanto él –fresco, bello, sonriente- ni siquiera la reconoció. Fue cuando tomó la decisión de vengar su espanto.

Lo acompañó en el juego de seducción por varios meses mientras se conectaba con un submundo caótico para conseguir Burundanga, la maldita droga de la violación.

Cuando la obtuvo aceptó la invitación a cenar y ante un descuido de Nardo descargó en la bebida su odio. Salieron pronto del restaurante y Ámbar supo que él ya estaba disfrutando el desborde sádico, el cual le duró poco; enseguida comenzó a perder la voluntad y su cuerpo mostraba los indicios de estar inerte.

Lo subió al auto que él recientemente había comprado y cuando quedó físicamente vegetalizado pero con la conciencia despierta, ella le recordó quién era y le explicó, paso a paso, lo que le iba a ocurrir. Él sólo pudo responder con un revoleo de ojos suplicantes y lágrimas que imploraban por una misericordia que él no tuvo.

Sacó de su cartera el bisturí e inició calmadamente los toscos cortes planeados para ahondar el sufrimiento pero con el máximo cuidado de no dañar las zonas que evitasen un reimplante.

Con un corte final y un firme tirón quedó con el pene en la mano mientras rojos chorros los bañaban a ambos y al bello coche, que para él era más valioso que la degradación del otro.

E Ámbar sonrió y le puso en el bolsillo del pantalón quinientos pesos para los gastos quirúrgicos, considerando amablemente la inflación. Sabía lo que Nardo Repetto estaba viviendo porque ella había estado en ese lugar.

Llamó con urgencia al 911. No quería que muriese sino que viviese todos los días en la atrocidad de la impotencia y con el más terrible aprendizaje de la acción y la reacción.

La policía la encontró evitando que se desangrase, con el pene cuidadosamente resguardado en hielo a su lado y una mueca de desagravio.  
Ámbar sintió que finalmente la cárcel la liberaría de tantos años prisión.

BARBARELA ACUÑA